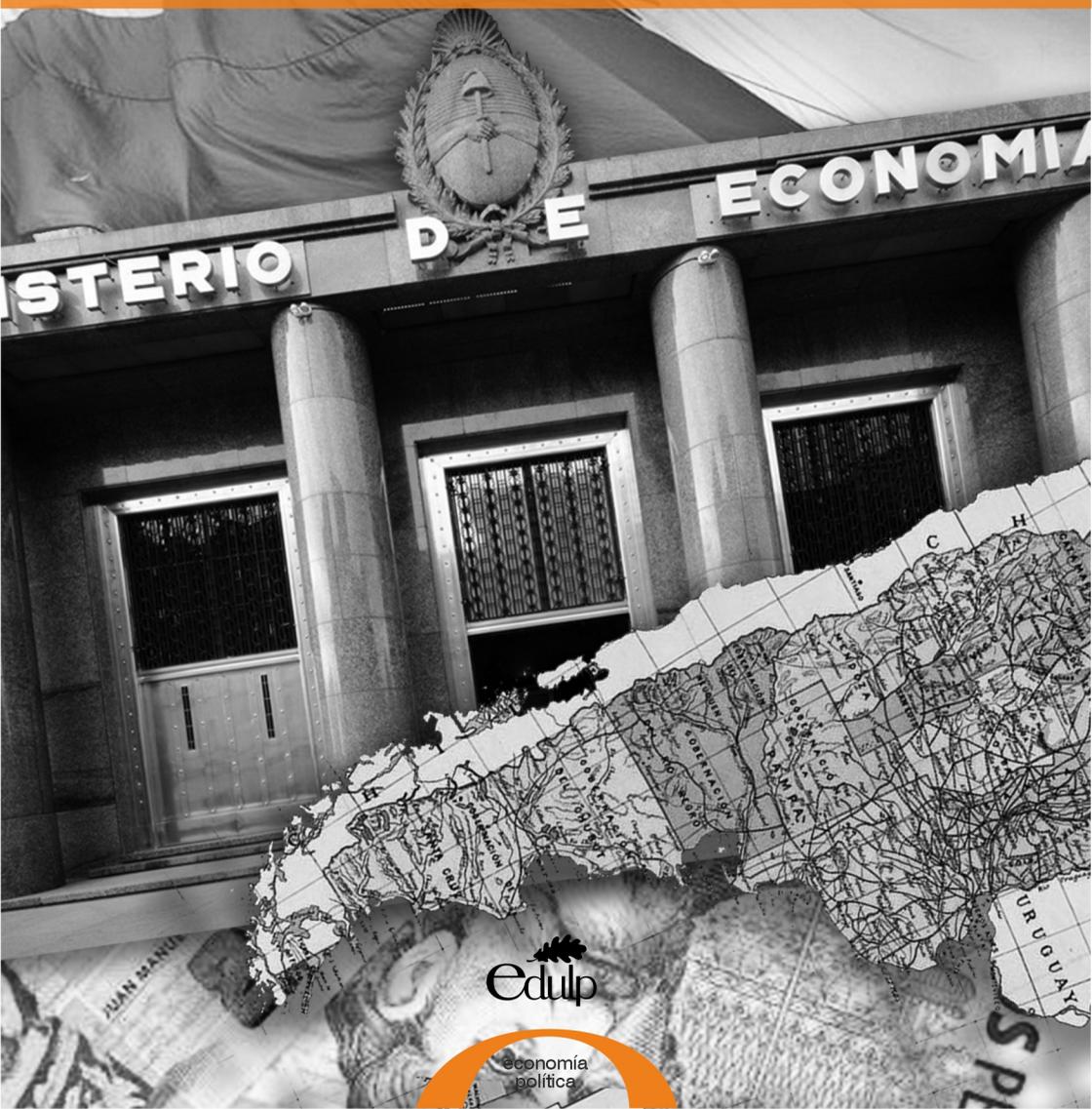


SANTIAGO FRASCHINA Y LUCAS GOBBO (compiladores)

Los tres modelos en disputa

La economía justicialista, el desarrollismo
y el neoliberalismo financiero



EduLP

economía
política

Los tres modelos en disputa
La economía justicialista,
el desarrollismo y el neoliberalismo financiero

Los tres modelos en disputa
La economía justicialista,
el desarrollismo y el neoliberalismo financiero

SANTIAGO FRASCHINA Y LUCAS GOBBO
(compiladores)



Los tres modelos en disputa: la economía justicialista, el desarrollismo y el neoliberalismo financiero / Santiago Fraschina... [et al.]; Compilación de Santiago Fraschina; Lucas Gobbo. - 1a ed - La Plata: EDULP, 2024.

Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-6568-24-3

1. Economía. 2. Neoliberalismo. 3. Justicialismo. I. Fraschina, Santiago, comp. II. Gobbo, Lucas, comp.
CDD 330.01

Los tres modelos en disputa

La economía justicialista,
el desarrollismo y el neoliberalismo financiero

SANTIAGO FRASCHINA Y LUCAS GOBBO

(compiladores)



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 44-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-631-6568-24-3

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2024 - Edulp

Impreso en Argentina

Índice

Introducción	6
<i>Santiago Fraschina</i>	
Estado o mercado, y el rol del financiamiento público	11
<i>Delfina Rossi</i>	
Justicialismo, políticas de científico-tecnológicas y desarrollo	44
<i>Agustín Crivelli</i>	
El justicialismo y las finanzas	63
<i>Estanislao Malic</i>	
El modelo financiero liberal y las crisis económicas recurrentes.....	89
<i>Julián Zicari</i>	
Autonomía, dependencia o entrega: el endeudamiento externo en los tres proyectos históricos de país.....	123
<i>Itai Hagman y Ulises Bosia</i>	
Empresas públicas, soberanía y ambiente	166
<i>Martín Burgos</i>	
La política agraria del peronismo 1943-1946.....	196
<i>Ernesto Mattos</i>	
Pesimismo de la inteligencia-Optimismo de la voluntad	228
<i>José Sbattella</i>	

EL MODELO FINANCIERO LIBERAL Y LAS CRISIS ECONÓMICAS RECURRENTE

Julián Zícari¹

En los últimos cincuenta años, Argentina aumentó su propensión a las crisis económicas y a la inestabilidad de manera inédita. Si en los 160 años que van entre 1860 y 2020 el país vivió 16 crisis económicas, representando un promedio de ocurrencia de una crisis cada 10 años, desde 1975 al fin del mandato de Macri el promedio bajó a una crisis a menos de cada seis años y medio, pues sucedieron allí 7 crisis, en esos 45 años. Dicho aumento a la propensión a las crisis no fue casualidad, sino que coincidió con el cambio de patrón económico ocurrido a mediados de la década de 1970 cuando en el país se impuso el modelo de valorización financiera. De esa manera, la Argentina sufrió crisis y colapsos económicos de manera recurrente, siendo visibles las relaciones entre la modificación del patrón de acumulación y la inestabilidad: la adopción de criterios liberales de desregulación, la apertura económica que priorizó al sector financiero por sobre el industrial, el endeudamiento sistemático del Estado, la especulación y demás elementos del coctel neoliberal fueron los responsables directos de todo ello, generando un modelo estructural para el caos.

¹ Investigador del CONICET. Doctor en Ciencias Sociales, Magíster y Especialista en Historia Económica. Licenciado en las carreras de Economía, Historia y Psicología y Filosofía. Docente en la UBA y la UNDAV.

En este sentido, decimos que este quiebre fue estructural por varios motivos: por empezar, porque implicó que el principal mecanismo de reproducción del capital se ligara a la fuga de capitales y al endeudamiento sistemático del Estado, algo que sería la principal característica de la economía argentina desde entonces y que atravesaría a todos los gobiernos y las estrategias económicas ensayadas. Además, porque dicha característica estructural sería la responsable de volver a la economía nacional más débil y vulnerable, por ello las crisis se desatarían sin importar qué rumbo económico se atravesara: uno que radicalizara el neoliberalismo, uno desarrollista o uno ligado a la protección del mercado interno y las mejoras distributivas (aunque existirían diferencias igualmente en esto). Por su parte, lo que no es menor, es cómo esto también se conjugó con otros elementos más, tales como el aumento de la pobreza sistemática y la insistencia por parte de las elites económicas del país para realizar las prácticas que el discurso neoliberal dicta, pues existe una relación entre la inestabilidad, las crisis, la desmejora económica y la prosperidad de las elites.

Es por ello que, dada la importancia que revisten estos entrelazamientos, este capítulo a dar cuenta de los vínculos existentes entre el modelo de valorización financiera y las crisis económicas recurrentes, buscando trazar una radiografía del asunto. Así el texto se dividirá en las siguientes secciones. Una primera en la cual se señalen los quiebres del patrón económico previo y las características de funcionamiento que adoptó el modelo económico neoliberal surgido a mediados de la década de 1970. Una segunda sección dedicada a repasar las crisis ocurridas en dicho tramo. Una tercera sección en la cual se buscará abordar cómo operaron las crisis económicas, tratando de señalar sus características centrales, aun las diferencias entre las tres grandes estrategias (la desarrollista, la neoliberal y la proteccionista). La cuarta sección intentará vincular tres puntos: la relación entre discurso liberal y la prosperidad del país, el aumento de la pobreza y la funcionalidad que han representado las crisis para los sectores de la elite económica. Finalmente, este capítulo cerrará con algunas conclusiones al respecto.

La irrupción del modelo de valorización financiera

Como se mencionó en la introducción, a mediados de la década de 1970 irrumpió en Argentina el modelo de valorización financiera. Los motivos de dicha adopción respondieron tanto factores externos como internos, dado que operaron significativas mutaciones en la dinámica de funcionamiento del capitalismo.

Con respecto a las condiciones externas se pueden mencionar varios elementos que se estaban desarrollando en el mundo. Uno de ellos tiene que ver con el agotamiento del patrón de producción fordista, el cual se basaba en la producción de bienes homogéneos, con tareas repetitivas y esfuerzo físico, a nuevas técnicas de producción como el toyotismo, que se caracterizaron por producir bienes diferenciados, estándares flexibles, sin acumular stocks y priorizando el diseño o los aspectos terciarios más que los secundarios. Estas mutaciones se complementarían con lo que se llamó la “tercera revolución industrial”, en la cual la robótica, el microchip, productos sintéticos y de mercadeo también implicaron nuevas pautas de acción económica. Debemos sumar, además, tal vez lo que fuera central en todo ello, que fue el eclipse de la era industrial y el paso a una creciente financierización de la economía en la cual cuestiones productivas e industriales dejaron de ser priorizadas para que cobrara más peso todo lo referido a préstamos, intereses, deuda, venta a crédito y fuga de capitales; deviniendo las cuestiones especulativas, financieras y bancarias cada vez más importantes.

Estos cambios y procesos, por su parte, fueron acompañados por tres elementos más que modificaron la situación económica mundial en la década de 1970. Uno de ellos se refiere al fin de los acuerdos económicos que habían regido desde finales de la segunda guerra mundial, generando así la caída del orden surgido en Bretton Woods, lo cual obligó a reformular el sistema de reglas internacionales. A esto mismo se agregaría el shock petrolero de 1973, que favorecía el au-

mento de la liquidez mundial, la baja de las tasas de interés y el fácil acceso al crédito externo, hasta entonces muy cerrado y difícil de conseguir. En este sentido, como consecuencia de todo esto, se produciría un tercer elemento ligado a que, a partir de entonces, los países del tercer mundo podrían acceder a préstamos externos como nunca antes. Así, las naciones periféricas modificarían sus pautas de funcionamiento dadas las mutaciones señaladas.

Para el caso argentino, el impacto de los elementos externos recién mencionados se combinaría con otros elementos internos, en especial por las condiciones que se conjugaron en el país por aquel entonces: por un lado, por los fuertes ajustes que implicó en la economía nacional el shock petrolero de 1973 y la posterior explosión ligado a él que fue la crisis del llamado Rodrigazo en 1975; aspectos que sin dudas trastocarían significativamente la economía del país (Restivo y Dellatorre, 2005). Por otro lado, a dichos impactos y a la mutación de los procesos descriptos se sumaría un aspecto central como fue la irrupción de la última dictadura militar, la cual se propuso modificar profundamente a la sociedad argentina. No casualmente llamaron a su gobierno “Proceso de Reorganización Nacional”.

En este caso, para transformar la dinámica de funcionamiento social y política del país, los militares se habían propuesto transformar de manera extrema las formas de accionar hasta entonces vigentes. Jorge Rafael Videla, quien gobernó durante los cinco años en el que se produjeron los principales quiebres, explicó claramente en el libro de entrevistas que tuvo con el periodista Ceferino Reato cuáles eran los objetivos que se habían propuesto realizar:

Nuestro objetivo era disciplinar a una sociedad anarquizada: volverla a sus principios, a sus cauces naturales. Con respecto al peronismo, salir de una visión populista, demagógica, que impregnaba a vastos sectores; con relación a la economía, ir a una economía de mercado, liberal. Un nuevo modelo, un cambio bastante radical; a la sociedad

había que disciplinarla [...] Queríamos también disciplinar al sindicalismo y al capitalismo prebendario (Reato, 2012, p. 159).

La lógica del accionar militar para modificar a la sociedad argentina buscó transformar la morfología social al quebrar el modelo económico industrial vigente que, según los miembros de las Fuerzas Armadas, hacían posible el llamado “populismo peronista”. Según ellos, una economía protegida y bajo un patrón industrialista les daba mucho poder a los sindicatos, garantizaba el pleno empleo y otros beneficios, los cuales presionaban permanentemente para obtener mejoras salariales y distributivas, todo lo cual eran las bases sociales que le daban fuerza al movimiento peronista y al conflicto social. Entonces, la ecuación era sencilla según esto: debía ser necesario destruir dicho patrón mercadointernista e industrialista donde, para poder hacerlo, habría que realizarlo a través de un plan sistemático represivo que garantizara el disciplinamiento social y así habilitar el cambio de rumbo económico. El nuevo modelo, entonces, no sería otro más que la implantación del neoliberalismo en el país².

Las herramientas para modificar los esquemas de funcionamiento económico argentino fueron varias. Una de ellas, quizás la más importante, fue el brutal proceso de endeudamiento y el aliento total a la especulación financiera. Debemos decir que el Estado argentino no utilizó el reciente acceso al crédito externo para profundizar y acelerar el proceso de industrialización o resolver sus crónicos problemas de balance de pagos, sino que fue utilizado para financiar la fuga de capitales, la dolarización de activos, la concentración económica y modificar los esquemas de rentabilidades sectoriales. El endeudamiento, entonces, no operó como una palanca para el desarrollo, el crecimiento ni para aumentar las capacidades productivas del país, sino todo lo contrario.

Otra herramienta que actuó de manera complementaria en todo esto fue la reforma financiera de 1977 porque, a partir de esta y los

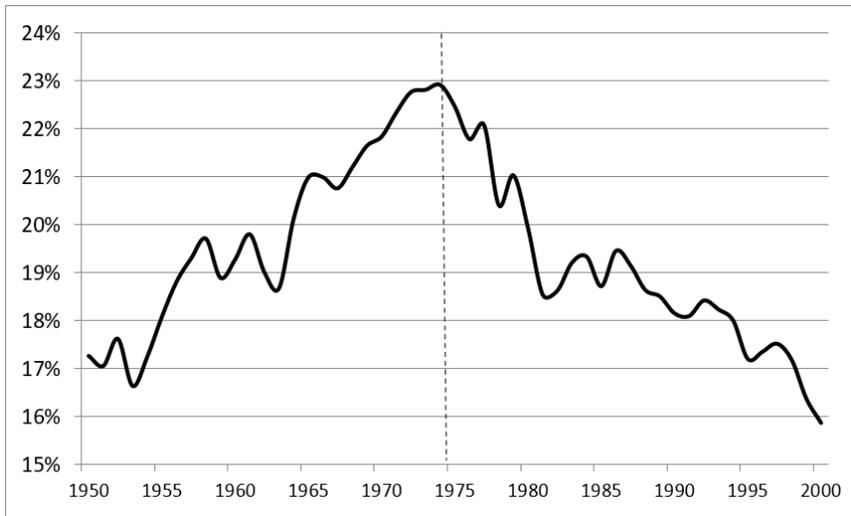
² Un desarrollo sobre estos puntos, con citas y declaraciones de los protagonistas y altos mandos, puede encontrarse en Zicari (2023).

nuevos cambios mencionados sobre cómo se transformaron las lógicas económicas en el mundo, se dio una inversión de las jerarquías y relaciones entre producción industrial y finanzas. Antes de la reforma era -de alguna manera- el sector financiero el que subsidiaba al industrial, ya sea por las tasas interés reales negativas (dado que las tasas de financiamiento resultaban casi siempre por debajo de la inflación) o por la obligación de orientar el crédito a la producción (gracias al sistema de banca nacionalizada). En cambio, después de la reforma de 1977 estos postulados quedaron alterados: fue el sector industrial el que pasó a estar preso del sistema financiero, ya sea porque las tasas de interés reales se volvieron positivas (con la liberalización, fue una de las pocas variables que logró quedar siempre por arriba de la inflación) y porque ahora la riqueza nacional comenzó a ser direccionada en créditos para la especulación, el consumo y la deuda.

Todo ello, además, se combinó con políticas de apertura económica, apreciación cambiaria y de aliento a la especulación que le quitaron los beneficios que hasta entonces tenían las actividades industriales. Consecuentemente, se generó un profundo y sostenido proceso de desindustrialización de la economía argentina. Entonces, el quiebre productivo que implicó el Rodrigazo y las políticas económicas de la última dictadura son difíciles de negar.

Si se lo mira a la distancia, es indudable que el peso del sector manufacturero en la economía tuvo un antes y un después allí. Cuando se consideran los 50 años que van entre 1950 y 2000 se ve de manera clara el corte simétrico exacto: durante los 25 años que duró la segunda fase de la era manufacturera, aún con dificultades, la industria tendió a ganar protagonismo y participación en el PBI argentino (gráfico 1). Sin embargo, a partir de 1975, en los 25 años siguientes se observa el proceso exactamente inverso: lo que había costado años construir, en muy poco tiempo fue destruido (el derrumbe industrial fue especialmente notorio en el lustro 1975-1980, donde se observa una caída que hizo retroceder a las manufacturas a niveles de participación de más de 20 años atrás).

Gráfico 1: Participación de la intermediación financiera en el PBI (1950-2000)



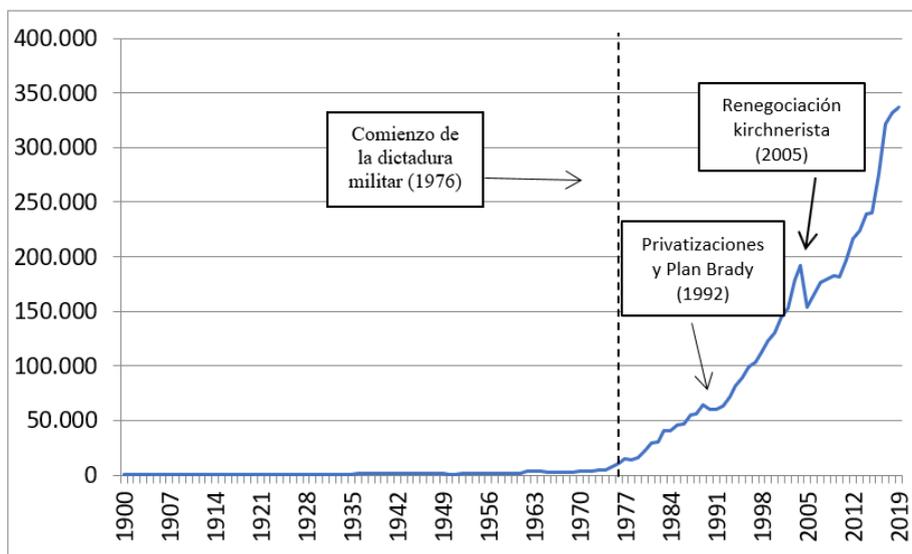
Fuente: Elaboración propia en base a datos del Banco Central (BCRA, s/f) y el Ministerio de Economía (MECON, s/f).

Es que como se dijo, la nueva modalidad de apropiación del excedente económico dejó de estar centrada en la producción manufacturera, el desarrollo industrial o las políticas productivas, y pasó a basarse en los mecanismos financieros. El cambio de precios relativos implicó un nuevo esquema de rentabilidades sectoriales en el cual, con la liberalización de las tasas de intereses, el endeudamiento sistemático al cual fue sometido el Estado y la subordinación a los esquemas neoliberales; resultaba mucho más rentable especular bajo distintos tipos de modalidades (con ganancias extraordinarias, fáciles y a corto plazo) que “arriesgarse” a invertir en producir en el sector real de la economía (con ganancias medias, más inciertas, de mediano y largo plazo).

Tal vez el mecanismo de especulación financiera más importante de todos haya sido el de prestarle dinero al Estado, porque a partir de

la dictadura el endeudamiento estatal fue un fenómeno que no paró de crecer, asumiendo una dinámica realmente abismal, siendo entonces otros de los grandes quiebres y herencias del gobierno militar. Si se hace analizar los 119 años que atraviesan todo el siglo XX hasta 2019 (gráfico 2), veremos que los años siguientes a la dictadura refieren al crecimiento sistemático del endeudamiento estatal, bajo un modelo de deudo-absorbencia especialmente acentuado.

Gráfico 2: Evolución de la deuda estatal argentina en millones de dólares (1900-2019)



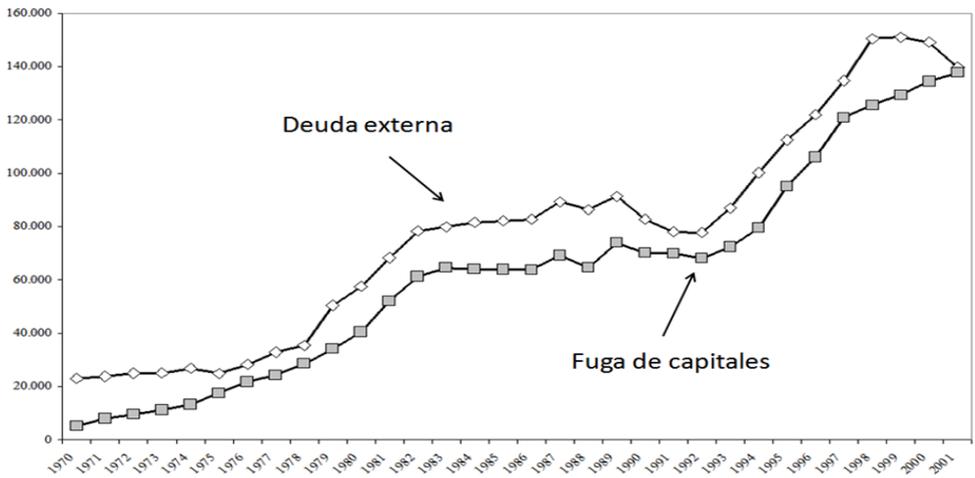
Fuente: Elaboración propia en base a datos de Ferreres (2010) y el Ministerio de Economía (MECON, s/f).

Lo interesante, de todos modos, es saber observar qué posibilidades abrió el crecimiento abismal de la deuda estatal. Con dicho crecimiento, los prestamistas del Estado, una vez que ya realizaban sus ganancias, quedaban frente a dos opciones: o bien volverle a prestar al Estado esos fondos o utilizarlos para comprar divisas y fugarlas. Todo

dependerá de las expectativas que tengan, siendo este el punto central de todo el entramado económico, pues si suponen que el gobierno no pagará en el futuro (por ejemplo si lo consideran “populista”, se preocupan por el nivel de déficit fiscal o acaso tienen expectativas de que el tipo de cambio pueda subir) utilizarán sus ganancias para comprar dólares u otras divisas, y con eso sacarlas del circuito económico. Ya sea a cajas de seguridad en el país, al exterior o con los nuevos mecanismos de huida de capitales que se propagaron en el mundo, como los paraísos fiscales. Las corridas cambiarias, bancarias, el fin de los préstamos o la percepción de “sobreendeudamiento”, como veremos, suelen ser los disparadores más importantes de las nuevas formas de irrupción de las crisis económicas en la era de la Valorización Financiera (VAFI). Incluso, algunos autores han llamado a estas formas de actuar por parte de los grandes agentes financieros como “golpes de mercado” en los cuales opera un disciplinamiento de estos agentes por sobre los gobiernos de modo inaudito.

De todos modos, lo que terminaba de quedar claro es que el nuevo modelo económico funcionaba a partir de mecanismos de VAFI en los cuales es más rentable y práctico prestarle dinero al Estado (o alguna otra forma especulativa similar) que invertir en producción. A su vez, en él existe un vínculo estructural entre las nuevas lógicas financieras de fuga, especulación y el endeudamiento al Estado, demostrando ser, en el fondo, lo mismo (gráfico 3). Así, la lógica de “endeudar y fugar” sería una característica central hacia adelante y que representaría a la economía argentina, más allá de qué tipo de estrategia económica decidieran llevar a cabo los diferentes gobiernos: una desarrollista, una proteccionista o una que acentuara el neoliberalismo; en todas ellas la deuda y la fuga serían inclementes.

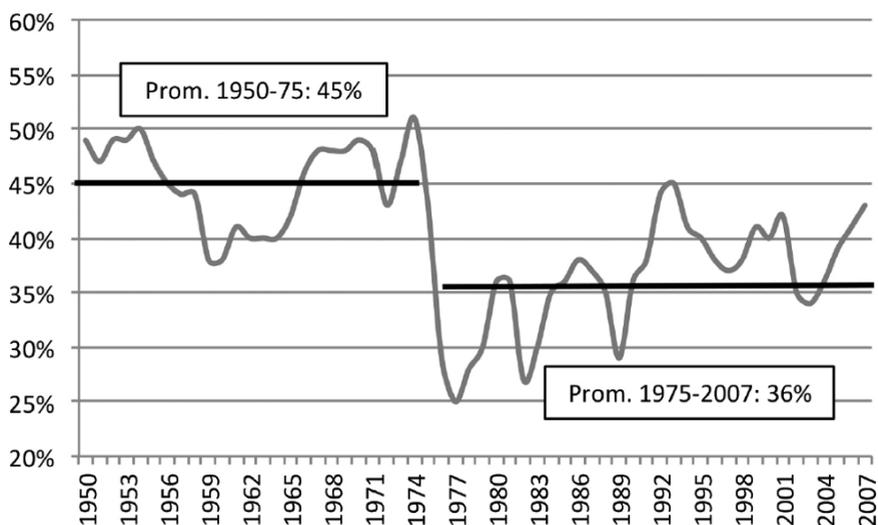
Gráfico 3: Evolución de la deuda externa y de la fuga de capital (1970-2001)



Fuente: Basualdo (2006).

El patrón económico neoliberal, sostenido entonces en los procesos financieros, de endeudamiento, fuga de capitales y la desindustrialización del país también afectaría fuertemente a las pautas distributivas. En efecto, el gráfico 4 ilustra muy bien esto porque si durante la segunda fase la Industrialización por Sustitución de Importaciones (1950-1975) la participación de los trabajadores en el ingreso nacional marcó un promedio del 45%, con picos en torno al 50% durante los gobiernos peronistas, esto se modificaría fuertemente con la irrupción del neoliberalismo. En este caso, a partir del último golpe de Estado se hace nítida la irrupción de un nuevo esquema distributivo, con un promedio del 36% para los 30 años siguientes, lo que significó que los sectores empresariales pudieron captar esa mayor riqueza.

Gráfico 4: participación asalariada en el PBI y sus promedios (1950-2007)



Fuente: elaboración propia en base a datos de Cepal (2007)

En síntesis, podemos comprobar cómo el neoliberalismo implicó fuertes cambios productivos, distributivos, de deuda y de aliento a especulación financiera y la fuga de capitales. Amén, como veremos en el próximo apartado, a la inestabilidad y a generar crisis económicas. Avancemos hacia allí.

Las crisis económicas durante el modelo de valorización financiera

En la introducción de este trabajo señalamos que la Argentina tiene un largo historial de crisis económicas. Es necesario señalar que todas ellas tuvieron el mismo desencadenante: los problemas en el sector externo de la economía. Ello ocurrió en las seis crisis sufridas durante el Modelo Agroexportador (1866, 1873, 1885, 1890, 1913 y 1930); las cuatro ocurridas durante las crisis de la era de Industrialización

por Sustitución de Importaciones (1952, 1959, 1963, 1975); y también en las seis existentes durante la Valorización Financiera (1981, 1989, 1995, 2001, 2008 y 2018/19).

En cada modelo económico el problema externo se expresó de distintas maneras. Durante el régimen Agroexportador los descambios ocurrían por perturbaciones ocurridas fuera del país (caída de precios internacionales, interrupción del comercio, suba de las tasas de interés externas, retracción de inversiones, etc.), que terminaban por afectar a los motores expansivos y la actividad local. En la era industrialista los problemas estuvieron ligados a los ahogos productivos y la suba de la demanda de importaciones para el desarrollo y el agotamiento de las divisas por ello, que es algo que los ciclos de *Stop and Go* tan bien explican (junto con la llamada restricción externa). No obstante, desde la era neoliberal las crisis no tuvieron nada ver que con los fenómenos previos, sino con las vulnerabilidades del sector financiero: deuda externa, corridas bancarias, fuga de capitales, saltos cambiarios, dolarización de carteras y ataques especulativos. En todas ellas esto fue lo central, más allá del modelo o estrategia económica que estuviera vigente en cada momento (desarrollista, proteccionista o liberal). Aunque, como veremos, existirían diferencias que marcaremos más adelante.

De esta manera, lo que fue la eterna vulnerabilidad argentina debida a la falta de divisas se vio fuertemente agravada por la alta demanda de dólares en el último tiempo, conllevando batallas cambiarias y bancarias sucesivas, en las cuales el sector financiero ocupó un rol clave. Para entender esto, repasemos lo sucedido en cada una de estas crisis.

Así, si la dictadura militar fue la principal responsable en realizar el quiebre hacia un nuevo patrón económico, también sería la primera en pagar las consecuencias de ello, pues sus postulados de liberalización económica serían el huevo de la serpiente para la inestabilidad y las crisis económicas, sucediendo una tras otra en su gobierno. Las batallas contra el modelo económico de la dictadura empezaron

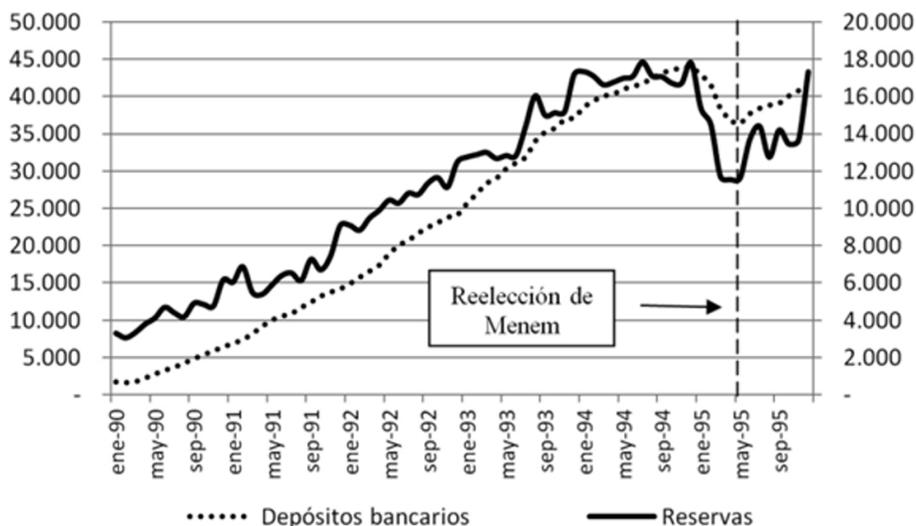
en enero de 1980, cuando las corridas bancarias -producto de la reforma financiera de 1977- eran cada vez más duras ante la creciente desconfianza sobre las maniobras que estaban realizando los bancos argentinos. Fue así que en marzo de 1980 se produjo la quiebra de varios de esos bancos –la más famosa fue la del Banco de Intercambio Regional-, lo cual implicó que la crisis bancaria se entrecruzara también con ataques especulativos contra el peso. No obstante, luego de la quiebra de varios bancos y financieras, esas corridas bancarias parecieron tranquilizarse a mediados de ese año, pero inmediatamente se producirían nuevos ataques especulativos: esta vez por el atraso del dólar que producía la llamada “tablita” cambiaria, que se intuía que explotaría cuando se hiciera el cambio de mandato dentro del gobierno militar. Ello implicó corridas cambiarias y nuevos ataques especulativos durante el tramo final de 1980 y principios de 1981. Aun cuando se hicieron varios *shocks* devaluatorios (en febrero de 1981 se devaluó un 11%, en abril un 33% y en junio un 38%), el caos no se detuvo en todo ese año. A una crisis bancaria y luego una cambiaria, se sumaría la guerra de Malvinas y finalmente una crisis de deuda que agravaría todo aún más (1982). No hubo devaluación que pudiera corregir el desbalance externo y así el dólar no tuvo techo, agudizándose el desastre: vino el *default*, la derrota de la guerra y la estatización de deudas; con ello, el descontrol cambiario continuó y fue un motor descomunal de la inflación: si la suba de precios fue de 104% en 1981, esta pasó a 164% un año después, para continuar hasta 343% en 1983. Desde enero de 1980 a julio de 1983 pasaron 42 meses de ataques especulativos.

Con el renacimiento de la democracia en 1983, la presidencia de Raúl Alfonsín se encontró con el peso agobiante del endeudamiento externo dejado por la dictadura, junto con una caída de precios externos casi permanente. Por más que se hubieran ensayado varios planes de ajuste y de estabilización, la falta de dólares y la desconfianza no pararon de presionar. El modelo desarrollista aplicado por Sourruielle a mediados de 1985 -si bien fue inicialmente exitoso para

bajar la inflación- en poco tiempo mostraría sus límites estructurales: descuidar el peso de la deuda externa, la falta de dólares y los demás mecanismos de valorización financiera. Fue así que en diciembre de 1988, frente a la incertidumbre que generaba la elección presidencial próxima y las débiles reservas del Banco Central para controlar el dólar, comenzaron las corridas y ataques especulativos que presionarían al punto de desencadenar dos hiperinflaciones ese año y casi una tercera poco después. Entre medio hubo saqueos, muertos, fuga de capitales, levantamientos militares, devaluaciones, incautación de depósitos, *defaults* y caos permanente. La situación logró calmarse recién en abril de 1991 con el lanzamiento de la convertibilidad. Entre el comienzo de las corridas y la estabilización pasaron 28 meses.

La crisis del Tequila de 1995 fue una crisis de divisas menos violenta que las anteriores, con apenas “seis meses” continuos de ataques especulativos. Todo ello ocurrió cuando en diciembre de 1994 se devaluó la moneda en México, generando un fuerte efecto de “temor y contagio” en la Argentina: empezaron a caer los depósitos bancarios que se fueron transformando en dólares provistos por el Banco Central, el cual fue perdiendo reservas ininterrumpidamente; mientras duró la desconfianza, la fuga de capitales y los ataques especulativos. Sólo la confirmación del triunfo electoral de Menem pudo frenar eso. Desde que se desencadenó esa crisis en diciembre de 1994 y hasta mayo de 1995 la incertidumbre fue la regla, mientras se evitaba el *default* y la devaluación. El modelo neoliberal menemista había pasado la prueba y logrado sobrevivir. No obstante, los costos para el país fueron muy altos: cayó la actividad económica, el desempleo subió hasta el 18%, aumentó la pobreza, quebraron miles de empresas, se realizaron varios ajustes en el gasto, se perdieron el 18% de las reservas y el 34% de los depósitos bancarios (gráfico 5).

Gráfico 5: Total de depósitos bancarios (izq.) y Reservas del Banco Central (der.) (1990-1995)

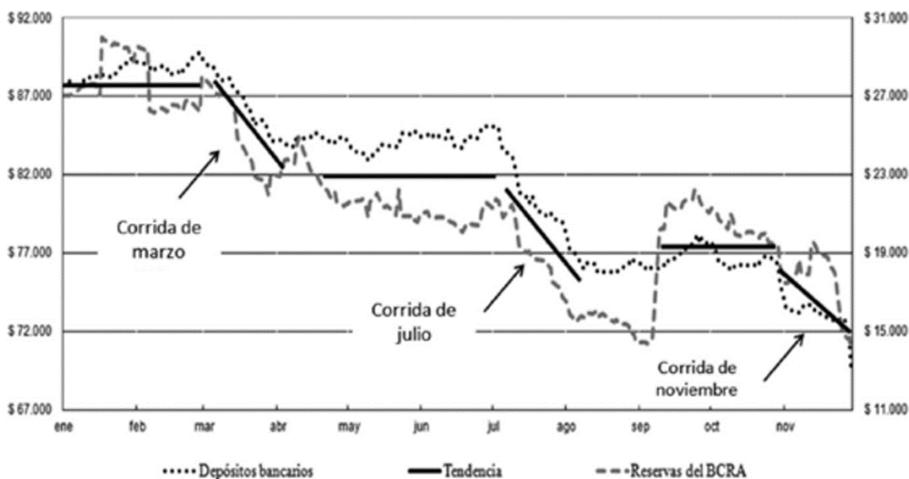


Fuente: elaboración propia en base a datos del BCRA (s/f).

Para fin de la década de 1990 el país ya estaba agotando su capacidad de tomar deuda compulsivamente. El peso argentino, producto de la convertibilidad, estaba cada vez más atrasado, amén que la situación social se deterioraba día a día: el peso del modelo neoliberal y del endeudamiento ya estaba tocando un límite. Frente a la incertidumbre financiera en octubre de 2000 se produjeron las primeras corridas, agravadas por la renuncia del vicepresidente. Luego, al año siguiente, existieron otros tres grandes ataques especulativos donde sucedió lo mismo: en marzo, julio y noviembre las corridas cambiarias se transformaron en bancarias (gráfico 7). Allí el procedimiento fue similar a lo ocurrido antes: se retiraban los depósitos de los bancos, se los transformaban en dólares y así se los sacaba del sistema. Frente al *stress* bancario, la situación colapsó y se la buscó atender temporalmente en diciembre de 2001 con el “corralito”. Sin embargo, estas restricciones

bancarias fueron la gota que rebasó el vaso: vinieron los saqueos, el caos y la renuncia del presidente, luego ocurrió un *default* y una fuerte devaluación en la cual se quiso devaluar inicialmente un 40% (llevando el dólar de un peso a \$ 1,40), y no obstante, la presión de los ataques especulativos hizo que la devaluación terminara posteriormente en el orden del 300%. La paz cambiaria llegó en agosto de 2002, 22 meses después de haber ocurrido la primera corrida.

Gráfico 7: Reservas internacionales (eje der.) y depósitos bancarios (eje izq.) (ambos en mil.) (ene – nov 2001)



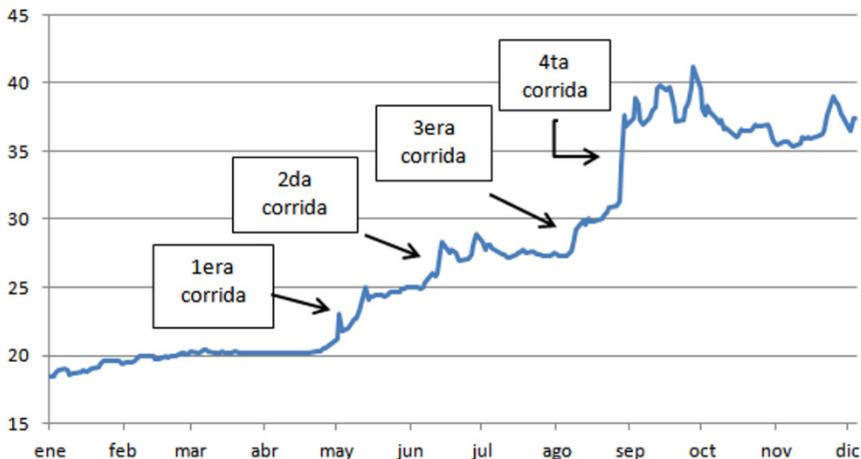
Fuente: elaboración propia en base a datos del BCRA (s/f).

Si bien la salida de la crisis de la convertibilidad permitió poner en marcha un nuevo modelo económico -especialmente desde 2003- basado en la protección del mercado interno y la distribución de los ingresos, en el año 2008 la Argentina sufrió otra crisis económica producto de un doble efecto: por un lado, una cuestión local, como fue el conflicto entre el gobierno y sectores agropecuarios; por el otro, por la crisis financiera internacional que conllevaría a la caída de *Lehman's*

Brothers. Ambos procesos implicaron perder reservas al por mayor durante un lapso que duró un año y medio (de marzo de 2008 a septiembre de 2009), aunque no hubo explosión, *default* ni devaluación descontrolada aquí. Con todo, sin perder el control de la situación y “ganando” las batallas de todos esos meses, el resultado final igualmente implicó altos costos económicos para el país, la economía y las reservas del Banco Central.

Muchos de los antecedentes previos volverían a ocurrir con la crisis macrista de 2018-19. Allí, durante el gobierno de Cambiemos, se volvió a adoptar un modelo neoliberal muy fuertemente dependiente del endeudamiento externo. Sin embargo, cuando se cortó dicho financiamiento externo por el abuso en la toma de deuda, comenzaron en abril de 2018 los ataques contra las reservas del Central, en las que hubo 4 corridas cambiarias en apenas meses que fueron haciendo saltar el valor del dólar durante 2018 (ver gráfico 8). Al año siguiente, en 2019, hubo dos corridas más (en marzo y agosto), que fueron indomables y que volvieron a hacer subir el tipo de cambio. Hasta que no se aplicó, primero, el cepo en septiembre, y luego el “supercepo” en octubre de 2019, en esos 18 meses existieron seis corridas, pérdida frenética de reservas del Central (financiadas con el dinero del FMI) y una devaluación superior al 300% (el dólar pasó en ese lapso de casi 20 pesos a los 63). Igual que antes, los costos para el país de todo este proceso fueron muy altos: hubo un *default*, crisis, caída económica, disparada de la pobreza y quiebra de miles de empresas, mientras que a la postre el país quedaría endeudado por décadas.

Gráfico 8: Evolución del precio del dólar a lo largo de 2018



Fuente: elaboración propia en base a datos del BCRA (s/f).

Habiendo repasado las seis grandes crisis económicas ocurridas en los últimos años ya estamos en condiciones de analizar mejor y sacar algunas conclusiones significativas sobre su dinámica y cómo funcionan, notando algunas diferencias según el tipo de estrategia seguida (desarrollista, neoliberal o proteccionista). El próximo apartado se encargará de ello.

Las crisis económicas y el modelo de valorización financiera

Hemos visto que durante la valorización financiera han ocurrido seis grandes crisis, las cuales han sido revisadas. Hacer esto nos servirá para tomar lecciones y obtener una mejor comprensión del fenómeno. Así, sabemos que en cuatro de las crisis relatadas (1981, 1989, 2001 y 2018-19), más allá de las devaluaciones y los sacrificios realizados, ninguno de estos elementos pudo controlar el tipo de cambio o frenar las corridas bancarias y cambiarias por sí solo o de manera absoluta. Todas ellas desembocaron en *defaults*, aceleraciones inflacionarias y

grandes aumentos de la pobreza. Por su parte, los ataques especulativos, un fuerte rol del sector bancario –que contagió y aceleró las corridas–, las presiones devaluatorias y el final del financiamiento externo se conjugaron también de manera similar en todas ellas. Igualmente, vale resaltar que las dos únicas crisis que “salieron bien” (1995 y 2008), o que al menos fueron las menos dolorosas (ya que pudieron contener las presiones devaluatorias del mercado sin caer en *default*), no obtuvieron sus triunfos de manera gratuita: en ellas también hubo corridas, pérdidas de reservas, caída económica, desmejora social y mucha incertidumbre.

El cuadro 1 nos permite resumir muchos de los elementos presentes en las diferentes crisis del neoliberalismo. Allí vemos que las contiendas y corridas cambiarias durante estas seis crisis demostraron tener una duración promedio de casi dos años (casi 23 meses), siendo el Tequila la más corta de todas, pues duró “solo” seis meses. Lo llamativo de esto es que si consideramos los 40 años que van entre 1980 y 2020, notaremos que durante esos 480 meses, en al menos 136 el país estuvo sujeto a corridas cambiarias, bancarias y ataques especulativos (el 28,33% del tiempo). Es decir, más de once años. En todas estas crisis existió, además, pérdida de reservas, caída de depósitos y deterioro social, como también, en general, grandes aumentos de la pobreza. En dos crisis existieron incautación de depósitos (1989 y 2001), en tres hubo quiebras bancarias (1981, 1995 y 2001) y en cuatro se produjo un *default* de la mano de una megadevaluación (1981, 1989, 2001 y 2018/19). Solo dos, aun pagando un alto costo, evitaron tanto el *default* como devaluar (1995 y 2008).

Cuadro 1: Características de las diferentes crisis del neoliberalismo

	Comienzo de las corridas	Finalización de las corridas	Meses de duración	Resultado cambiario	Resultado bancario	Resultado de las reservas internacionales	Otros resultados
1981/82	Enero 1980	Julio 1983	43 meses	Sucesivos saltos cambiarios	Corridas y quiebras bancarias	Pérdida de casi todas	Default y aumento de la pobreza
1989	Diciembre 1988	Abril 1991	29 meses	Descontrol absoluto	Corridas e incautación de depósitos	Pérdida total	Default y aumento de la pobreza
1995	Diciembre 1994	Mayo 1995	6 meses	Sin devaluación	Caída ininterrumpida, quiebras bancarias	Caída ininterrumpida	Aumento de la pobreza
2001	Octubre 2000	Agosto 2002	22 meses	Devaluación del 300%	Corridas, quiebras e incautación de depósitos	Fuerte pérdida	Default y aumento de la pobreza
2008	Marzo 2008	Septiembre 2009	18 meses	Sin devaluación	Caída de depósitos	Pérdidas moderadas	Desmejora social
2018/19	Abril 2018	Octubre 2019	18 meses	Devaluación del 300% y control de cambios	Caídas moderadas de depósitos	Fuerte pérdida	Default y aumento de la pobreza

Fuente: elaboración propia.

Existen varios elementos analíticos que podemos agregar, señalando que en todas estas crisis los elementos financieros fueron los centrales: corridas bancarias, cambiarias, pérdida de reservas, defaults, ataques especulativos. Es decir, no se trataron de crisis de desarrollo productivo como sucedía en la era de la Industrialización por Sustitución de Importaciones, en la cual el ahogo externo se producía ante la falta de divisas por el alto consumo de bienes importados para sostener el proceso de crecimiento manufacturero, sino que las crisis ahora son hijas de la vulnerabilidad y su desencadenamiento estuvo enteramente ligado a cuestiones financieras y especulativas. A su vez, notamos dos tipos de desencadenantes para las crisis: shocks externos (como en el Tequila de 1995 y la crisis de *Lehman's Brothers* en

2008) como también lógicas endógenas, estas últimas referidas -valga resaltarlo una vez más- a cuestiones financieras. Así, en las crisis, en general, convergen la falta de dólares producida por una triple sangría de divisas que se ha vuelto estructural: por el pago constante de la deuda externa, la fuga de capitales y los déficits comerciales. Estos procesos, a su vez, como hemos visto, en gran medida se sostienen temporalmente gracias al endeudamiento sistemático del Estado (ver gráfico 1), como ocurrió en los tres grandes ciclos de toma de deuda del país, la dictadura (1976-1983), los gobiernos de Menem-Alianza (1989-2001) y el macrismo (2015-2019). Es importante mencionar que, en estos periodos, el endeudamiento jamás fue utilizado para aumentar las exportaciones, garantizar el repago de la deuda o promover el desarrollo productivo del país, sino para la especulación financiera. Sin embargo, una vez que se interrumpió el endeudamiento vinieron los colapsos: corridas, devaluaciones, golpes de mercado, *defaults* y explosiones sociales. También cayó la actividad, se licuaron los salarios y aumentó la pobreza y la desigualdad, sin haber en el largo plazo para el país crecimiento económico sino inestabilidad macroeconómica permanente.

Vale la pena señalar que no importó la estrategia económica ensayada (si fue de corte desarrollista, proteccionista o neoliberal), en todos los casos se desencadenaron crisis económicas y existieron ataques especulativos y fuga de capitales. Aunque, debemos aclarar, no todas las estrategias económicas resultaron igual, pues la mitad de esas seis crisis económicas fueron provocadas y generadas por la aplicación de pautas económicas neoliberales: 1980/1983, 2001 y 2018/19. En estas tres experiencias la liberalización total y la desregulación fueron las que terminaron por favorecer la vulnerabilidad económica, la fuga de capitales, abusaron del endeudamiento hasta terminar en colapsos. Es decir, fueron hijas de la propia torpeza y gestación que las prácticas liberales conllevan. La única salvedad que tal vez se pueda realizar es que en 1995, frente al duro contexto externo del Tequila, la Argentina no haya desencadenado una crisis mayor y solo tuviera

seis meses de corridas cambiarias y bancarias: aquí se podría decir que el país logró seguir siendo asistido con créditos desde el exterior (sin haber agotado su ciclo de endeudamiento) y que la crisis si bien no terminó de explotar (con una devaluación y default), sí lo hizo en términos de caída productiva, quiebra de bancos, suba abismal del desempleo y la pobreza. El modelo desarrollista solo desembocó en una crisis: la hiperinflación de 1989, la cual en gran medida se debió a la caída de los precios externos y la incesante sangría de dólares implicados en atender el servicio de la deuda y la fuga de capitales. Así, sin dólares y en un clima de creciente incertidumbre, la situación fue sumamente débil y precaria, quedando lista para ser arrasada frente a los ataques especulativos. En cambio, el modelo proteccionista sufrió una sola crisis (2008), la cual fue generada esencialmente por el impacto externo de la crisis internacional. Es decir, si bien perdió reservas internacionales, sufrió ataques especulativos incesantemente durante un año y medio y tuvo una ligera recesión; la situación no pasó a mayores: no hubo devaluación, *default*, la situación social se resintió muy levemente y la recuperación posterior fue espectacular. Por lo tanto, claramente, se podría decir que fue la estrategia económica más óptima para surcar la situación y la que menos vulnerabilidad ofreció.

Dicho esto, igualmente, vale decir que aquí solo estamos considerando a las corridas cambiarias y ataques especulativos ligados a las crisis, pues existieron entre medio de esos años muchas otras batallas que no estamos considerando: la fuga de capitales parece no tener fin y solo se hace más clara cuando se intensifica, pues, en verdad, la fuga nunca se detiene. Es decir, durante la era de la Valorización Financiera neoliberal se corre el riesgo de sufrir ataques especulativos y golpes de mercado de modo prácticamente permanente, sin que esto tenga nada que ver con el desenvolvimiento económico, sus fundamentos o la producción, siendo entonces otro gran motivo para que falten las divisas y aumente la vulnerabilidad en el país.

El pensamiento ortodoxo suele negar la existencia de los golpes de mercado argumentando que la compra de divisas por parte de los

agentes económicos es algo normal y esperable, pues es una forma de incrementar o proteger su capital, lo que no tendría nada de llamativo. Sin embargo, en dicho razonamiento desaparecen diez elementos importantes que se ven facilitados por los componentes centrales de la estructura económica argentina.

Los diez elementos que nos permiten hablar de goles de mercado son: 1) la altísima concentración de la cúpula empresarial del país que, además de controlar los niveles de precios, inversiones, mercados y la capacidad de ahorro (las 200 más grandes explican el 20% de las ventas del PBI) (Castellani y Gaggero, 2017), son las que puedan tener las ganancias extraordinarias y los recursos suficientes para desatar las corridas contra el peso; 2) en el mismo sentido, pero con un ángulo diferente, se observa un cuadro todavía más agudo con respecto a la provisión de divisas, ya que la concentración del comercio exterior argentino es todavía más abismal: las 200 empresas más grandes controlan el 65% de las exportaciones, lo que les permite tener un manejo de las divisas, tasas de liquidación y capacidad de incidencia fenomenal en el mercado de cambios; 3) se vislumbra una obsesión dolarizadora por parte de las clases altas y la elite empresarial del país, lo que hace que un puñado de empresas, en su voracidad por adquirir dólares, puedan desatar comportamientos en manada o saltos cambiarios difíciles de amortiguar; 4) con una concentración como la mencionada, además, es posible que pudiera existir coordinación entre los grandes actores económicos; 5) lo que hace que sus acciones no sean neutrales en términos económicos, sino que por su peso y por el volumen de sus compras se puedan modificar en gran medida las variables macroeconómicas, forzando la existencia de nuevas dinámicas económicas pretendidas por ellos; 6) las corridas que derivan en golpes de mercado no refieren al accionar cotidiano de la economía, sino a los momentos de especial intensidad de las expectativas de los agentes, donde existen cambios abruptos en los comportamientos cambiarios y bancarios; 7) los golpes de mercados muchas veces no se basan en factores objetivos sobre la economía, sino sobre el diagnóstico ideológico y la

presión de unos pocos actores para volcar la situación a su favor; 8) los golpes de mercado son un mecanismo esencialmente sociopolítico, más que “simplemente económico”, con el cual intervienen determinados grupos de poder bajo premisas muy concretas y objetivos específicos; 9) no implican un accionar de agentes atomizados sino lógicas de grupo y de poder para lograr el disciplinamiento social; 10) responden a mecanismos de despojo y acumulación en el largo plazo, con efectos estructurales, sin ser posible de reducir al simple comportamiento microeconómico.

En conclusión, la experiencia económica reciente muestra claramente que la idea de tener un “dólar libre” (sin restricciones cambiarias), menores controles y regulaciones, sólo sirvió para crear incertidumbre, fugar divisas, presionar a los gobiernos y generar golpes de mercado, siempre desencadenando en crisis económicas. Por todo esto, entonces, más que seguir alentando las herramientas que provocan el caos en el país, es mejor promover otros esquemas económicos que garanticen la estabilidad, el crecimiento y la acumulación de reservas, como podrían ser otros modelos económicos. Sin embargo, ello no sucede ni las elites alientan tal cosa. Avancemos mejor en este asunto para entender sus razones.

Inestabilidad económica y la elite económica: una funcionalidad entre la “libertad” y la pobreza

En el último apartado se buscó analizar las crisis económicas y su vinculación con la desregulación y liberalización financiera. Así señalamos que la adopción de los criterios liberales y la falta de controles eran en parte responsables de la inestabilidad económica. Aun cuando esto pueda ser muy claro, resulta llamativo que las elites económicas, más que apuntar entonces en la dirección de promover mayores herramientas estatales para evitar las crisis y la inestabilidad recurrente, plantean exactamente lo contrario, reclamando permanentemente para tener mayores “libertades” económicas, quitar las restricciones y controles para tener un Estado débil y reducido, con un tipo de cam-

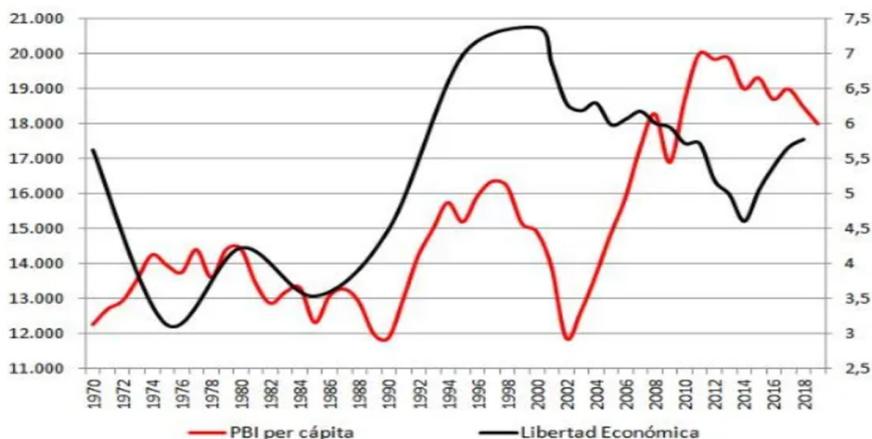
bio “libre”. Es decir, suelen alentar los presupuestos del neoliberalismo, convirtiendo a tal doctrina en su propio discurso.

En este sentido, el fundamento de esto es, según proclaman, el tener una certeza: que la mayor libertad económica conduce a un mayor crecimiento. Suponen, de este modo, que la intervención estatal es de por sí mala y que ella limita a la economía, dado que oprimiría al sector privado y, por ende, restaría potencialidades para que empresas y consumidores alcancen sus puntos óptimos. Sin embargo, la contrastación empírica de esta premisa en la historia económica argentina niega sistemáticamente que ello ocurra. Veamos por qué:

Si se consideran los últimos 50 años de vida económica nacional (1970-2020) no encontraremos nada de lo que se suele afirmar, sino, más bien, lo contrario. Por ello mismo, si muchos defensores del libre comercio creen que “achicar el Estado es agrandar la nación”, y con ello alientan procesos de desregulación, privatización de empresas públicas, apertura económica y quita de controles para que los agentes económicos ganen más “libertad”, veremos que eso no se cumple. Cada vez que ocurrió eso, el país no creció como auguraban, sino todo lo opuesto: la economía se redujo y nuestra nación aumentó su propensión a los colapsos económicos, volviéndose más frágil, pobre y desigual.

Para considerar esto, tomemos como indicador de desregulación el “índice de libertad económica” que construye el Instituto Fraser, el cual realiza una medición para la gran mayoría de los países de acuerdo a los parámetros liberales desde 1970 en adelante. Dicho índice se construye a partir de cinco puntos a evaluar: 1) Tamaño del gobierno; 2) Sistema legal y derechos de propiedad; 3) Moneda sana; 4) Libertad de comerciar internacionalmente; 5) Regulaciones. Todo ello según las valoraciones y concepciones del universo neoliberal.

Gráfico 9: Índice de libertad económica y PBI per cápita (1970-2020)



Fuente: Elaboración propia en base a datos del Instituto Fraser para el índice de libertad económica (s/f) y Maddison para el PBI per cápita.

Según los resultados que nos ofrece el gráfico 9, que compara la desregulación y el PBI *per cápita* argentino, notaremos que la realidad desmiente categóricamente las premisas liberales, existiendo prácticamente una relación inversa entre “libertad económica” y crecimiento. Para ello, abordemos los últimos 50 años en función de cuatro etapas económicas:

La primera es el lustro que va entre 1970-1975. Allí la “libertad económica”, según el Instituto Fraser (s/f), cayó un 45%, dado que su índice pasó de 5,63 puntos a 3,13. Sin embargo, en igual tramo, el PBI per cápita creció un 13%, lo que implicaría un claro rechazo del planteo desregulacionista.

La segunda etapa es la de hegemonía liberal más clara, que abarcó los años 1975 a 2001, con una desregulación económica prácticamente continua, y en la cual la “libertad económica” se duplicó entre puntas (el índice argentino pasó de 3,13 en 1975 a 6,86 en 2001). Desgraciadamente, el desempeño de nuestro país durante esos años

fue deplorable: la economía no creció absolutamente nada, sino que incluso cayó un 12%, retrocediendo a los valores de la década de 1970.

Es decir, a pesar de que hubo una importante recuperación durante la primera mitad de la década de 1990, esto no se debió a las políticas de liberalización, sino a tres factores muy concretos: el endeudamiento sistemático del Estado (que permitió el ingreso de fondos externos para ampliar el gasto de forma irrestricta e irresponsable), el uso de los recursos obtenidos tras la venta de las empresas privatizadas (que también se utilizaron para pagar la fiesta menemista de los 90s) y los excelentes precios externos que hubo durante la primera mitad de dicha década.

No obstante, cuando en la segunda mitad de los 90s los precios externos comenzaron a caer, no hubieron más empresas para vender y el endeudamiento sistemático finalizó, sólo quedó la liberalización financiera que desembocaría en la terrible crisis del 2001 y que hizo perder todo lo que se pudiera haber ganado durante la primera mitad de esa década en términos de producto.

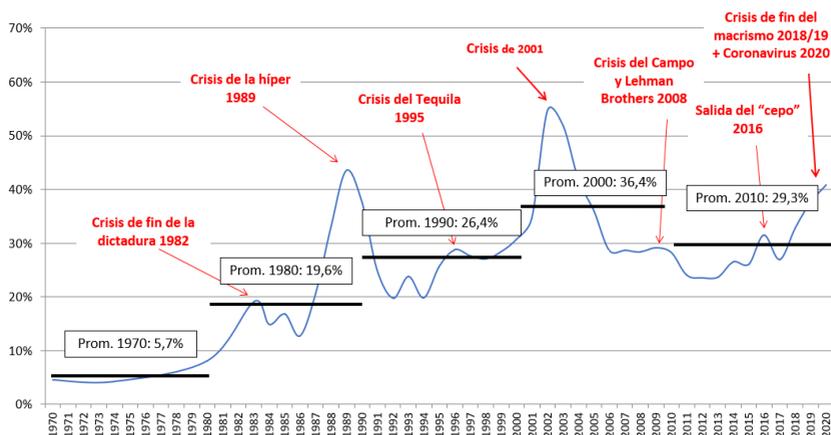
Por ello mismo debe quedar claro que durante ese tramo nunca hubo crecimiento económico auténtico, sino más bien fuertes caídas debido a las crisis económicas que generó la volatilidad financiera, para luego asistir a breves recuperaciones. Es decir, el liberalismo no trajo a nuestro país ni crecimiento ni desarrollo, sino tan solo penuria y fragilidad.

La tercera etapa a considerar vuelve a desmentir categóricamente las ideas neoliberales, pues desde el 2002 al 2014 el índice de libertad económica argentina se redujo un 25%, no obstante, el PBI per cápita tuvo un muy fuerte crecimiento, al expandirse un poderoso 52% en dicho tramo, siendo otro cachetazo empírico para la teoría liberal. Así, como vemos, la protección del mercado interno no solo es ideal para surcar las crisis económicas como señalamos en el apartado anterior, sino una excelente comprobación de que las recetas de liberalización económica no funcionan.

En este sentido, la última etapa marcará otro rechazo más a los presupuestos que analizamos, puesto que, como nos marca el gráfico, durante el último lustro el índice de libertad económica volvió a crecer. No obstante, el producto argentino no tuvo el mismo recorrido: primero pasó a estancarse para luego comenzar a caer hasta finalmente desembocar en la crisis del macrismo dada la garrafal liberalización económica realizada allí. Lo que vuelve a desmentir que la ecuación “libertad económica = crecimiento económico” sea verdadera, sino más bien confirma lo contrario.

Hemos visto, entonces, que desde la década de 1970 en el país aumentó fuertemente la inestabilidad económica y la propensión a las crisis económicas, mientras que el desempeño económico (apoyado en las ideas del neoliberalismo) no hizo crecer el producto, ocurriendo lo opuesto. Repasado esto, ahora preguntémonos qué ocurrió con la pobreza en el mismo plazo. El gráfico 10 nos permite resumir bastante de lo visto hasta ahora.

Gráfico 10: Población bajo la línea de la pobreza (1970-2020)



Fuente: elaboración propia en base a datos del Indec, Ferreres (2010), Cifra-CTA y el Observatorio Social de la UCA.

La información que ofrece dicho gráfico es dolorosa pero no sorprende, porque en la Argentina desgraciadamente nos hemos acostumbrado a convivir con niveles muy altos de injusticia social. El último medio siglo no ha sido otra cosa más que una fábrica de acumular pobres.

En efecto, los niveles de exclusión en los últimos 50 años del país (1970-2020) han señalado valores de pobreza estructurales cada vez más altos. En la década de 1970 la pobreza promedio fue de 5,7%, aunque ya en la década siguiente prácticamente se triplicó (o más) al pasar al 19,6%. En la década de 1990 volvió a crecer al ser del 26,4%, mientras que en la década del 2000 el salto volvió a registrarse al establecerse en niveles de 36,4%. En todas las décadas el número de pobres no paró de crecer en su promedio. La única excepción fueron los últimos 10 años, en donde el promedio se ubicó en valores igualmente desgraciados del 29,3%. Es decir, se vuelve a comprobar que el modelo de protección del mercado interno y distribución de ingresos fue el más óptimo no solo para sobrellevar las crisis económicas producto del impacto internacional, sino también la mejor manera para generar una caída prácticamente permanente de la pobreza, especialmente durante los años kirchneristas (2003-2015), pues fue el único momento en que se logró quebrar el impulso ascendente y estructural del aumento de la pobreza.

Tras analizar todo esto, la pregunta central es por qué creció tanto el número de pobres. Y la respuesta, si miramos el gráfico, parece ser muy concreta: debido al número recurrente de crisis económicas que ha vivido este país. Es que las crisis económicas son, por sobre todas las cosas, mecanismos de transferencia de ingresos, donde algunos sectores pierden riqueza y otros se la apropian. Así cada crisis dejó un mayor número de excluidos, pero niveles de concentración económica mayores: pobres cada vez más pobres, pero ricos cada vez más ricos.

En todos los casos observamos lo mismo: cada vez que irrumpió una crisis económica, el número de pobres tendió a crecer. Después, brevemente, al salir de las crisis y a vivir cierta “normalidad” o recuperación económica, ese número tendía a descender, pero sin volver a

los valores previos. No obstante, además, como las crisis económicas han sido tan recurrentes, la pobreza empezó a ubicarse en pisos cada vez más altos, adquiriendo ya una lógica estructural de excluidos a esta altura muy difícil de bajar en donde volver a aspirar a los niveles de la década de 1970 parece una añoranza imposible.

Esta terrible historia nos enseña tres cosas si queremos bajar la pobreza, estando ambas mutuamente relacionadas. La primera es que es condición indispensable dejar de padecer crisis económicas, ya que estas son la verdadera fábrica de crear pobres, como fuimos viendo. La segunda es que esas crisis y el aumento de la pobreza se producen por los saltos cambiarios, pues cada vez que sube el dólar aumenta la canasta de los alimentos haciendo que muchas personas caigan bajo la línea de la pobreza.

El tercer aspecto es de alguna manera la contracara de los otros dos, ya que, si las crisis económicas han sido una verdadera “fábrica de pobres”, también son una “fábrica de ricos”. Pues como dijimos antes, las crisis económicas son un gran mecanismo de transferencia de ingresos con el cual algunos sectores se ven perjudicados (los que caen en la pobreza y la exclusión) y otros favorecidos (los grupos de elite que, crisis tras crisis, concentran su patrimonio). Es que si han existido tantas crisis es porque ha existido un grupo social poderoso al que ello le convino.

En este sentido, el paso del tiempo ha demostrado que las clases altas carecen de un modelo de desarrollo para ofrecer: solo buscan un patrón de reproducción y acumulación de su capital individual, pero sin ser esto suficiente para que el país pueda crecer en conjunto sostenidamente en el largo plazo, amplíe sus capacidades productivas o pueda superar o igualar el ritmo de expansión de los países centrales. Para ellas, aun con la postración y el estancamiento económico del país, su programa económico y modelo de acumulación puede serles igualmente funcional y rentable. Por ello no tienen necesidad de demandar crecimiento, desarrollo, estabilidad ni distribución de la riqueza, proteger el mercado interno o aumentar las exportaciones, sino al contrario. Un país quebrado, endeudado y frágil es su mejor negocio.

Las elites económicas no han dejado de atar su prosperidad económica individual al éxito económico del capitalismo nacional, sino que han desvinculado su acumulación de ello. Mientras el país, en las últimas décadas, se alejó del desarrollo o del robustecimiento de sus capacidades productivas, los sectores económicos más altos lograron ampliar la concentración de sus capitales. Así, su interés central se ha reducido simplemente a dolarizar sus ganancias y fugarlas. En donde la repetición de las crisis económicas se debió, entre otras cosas, a la funcionalidad que le generaron al poder económico concentrado y porque, también, las crisis han funcionado como un instrumento para el disciplinamiento social y como un arma para presionar al poder político. De este modo, existiendo actores tan poderosos que se benefician con el caos, la posibilidad de que la Argentina se aleje de la inestabilidad económica se reduce.

Conclusión: Crisis económicas, inestabilidad y liberalización financiera

A lo largo de este capítulo hemos buscado mostrar la fuerte relación existente entre el modelo liberal de valorización financiera y las crisis económicas, así como también señalar algunas de sus consecuencias. Para ello intentamos mostrar las características centrales de funcionamiento de la irrupción del modelo neoliberal en el país a mediados de la década de 1970, el cual se caracterizó por quiebres muy notorios en términos distributivos, productivos, de deuda y de fuga de capitales.

En este sentido, la adopción del predominio del sector financiero, la liberalización y el fuerte peso del endeudamiento en la Argentina fueron los que terminaron de agravar los desequilibrios del sector externo y la carencia de divisas. Fueron así combinándose elementos para producir incesantemente crisis económicas en el país, consolidando a la inestabilidad como marca de funcionamiento crónica. Según vimos, lo central de la ocurrencia de las crisis ahora estuvo vinculado fuertemente con la cuestión financieras: corridas bancarias, *defaults*, fuga de capitales, sobreendeudamiento, dolarización,

Características de las crisis de la VAFI

- Los elementos financieros son los centrales: corridas bancarias, cambiarias, pérdida de reservas, defaults, ataques especulativos.
- Dos tipos de desencadenantes: shocks externos y lógicas endógenas
- Triple sangría de divisas estructural: pagos de deuda externa, fuga de capitales y déficits comerciales.
- La lógica endógena es insostenible por la triple sangría y solo el endeudamiento sistemático logra temporalmente compensarla.
- El endeudamiento no se usa jamás para aumentar las exportaciones, garantizar el repago de la deuda o promover el desarrollo productivo, sino solo para la especulación financiera.
- Una vez que se corta el endeudamiento viene el colapso: corridas, devaluaciones, golpes de mercado, defaults y explosiones sociales.
- Cae la actividad, se licúan los salarios y aumenta la pobreza y la desigualdad.
- No hay crecimiento económico sino inestabilidad macroeconómica permanente.

ataques especulativos y devaluaciones. En todos los casos, se repitió una y otra vez lo mismo. Incluso llegamos a señalar que de los 40 años transitados entre 1980 y 2020, el país estuvo 136 meses bajo corridas bancarias, cambiarias y ataques especulativos (el 28,33% del tiempo), representando un total de más de 11 años.

Según vimos, las crisis económicas impactaron en el país bajo las tres grandes estrategias de acción económica ensayadas, aunque funcionando de manera muy desigual: pues cuatro de las seis crisis ocurrieron, justamente, cuando mayor radicalidad se les dio a los postulados neoliberales (1980/83, 1995, 2001 y 2018/19). Estas crisis (con la sola excepción de 1995) fueron todas hijas de los procesos de apertura, desregulación, endeudamiento y aliento a la fuga capitales, demostrando claramente que el modelo neoliberal no solo produce pésimos resultados económicos, sino que lleva al caos de modo permanente. El rumbo desarrollista, de manera similar, también desembocó en la terrible crisis hiperinflacionaria de 1989, que trajo graves consecuencias para el país: el descuido de la restricción externa, la subestimación del endeudamiento y la fuga de capitales fue la clave. En cambio, el modelo proteccionista y de distribución de ingresos fue el más óptimo a la hora de atravesar los adversos y duros impactos externos.

Por su parte, hemos buscado relacionar la cuestión de las crisis económicas recurrentes con tres fenómenos más. Uno de ellos se refiere al constante pedido de tener mayor “libertad” económica por parte de las elites en el país, pero señalando que ello implicó un camino de mayor vulnerabilidad y caída económica. Por ello, nos sirvió para mostrar que la predica liberal está muy lejos de ser un camino para el desarrollo o el crecimiento económico, sino que, más bien, conlleva a todo lo contrario. En segundo lugar, señalamos que existe una muy fuerte vinculación entre las crisis económicas recurrentes y el aumento de la pobreza, ya que han sido las crisis las verdaderas máquinas de crear pobres, pues estas son, por sobre todas las cosas, un gran mecanismo de transferencia de ingresos.

Por último, como tercer punto, señalamos que la recurrencia y los perjuicios de las crisis económicas no son una casualidad, sino que ambos se entrelazan en un elemento que pocas veces se le presta atención: señalar que hay actores que se benefician con las crisis y la inestabilidad. Es así que, si las crisis operan como una verdadera “fábrica de pobres”, también operan como una “fábrica de ricos”, pues ellas les permiten a los sectores de elite acceder a una mayor concentración económica y patrimonial. Los sectores económicos del país, como dijimos, no ambicionan el desarrollo, tener un mercado protegido, aumentar las capacidades productivas, tecnológicas o industriales. Incluso tampoco les interesa el crecimiento económico o la estabilidad, sino que su principal ambición es dolarizar sus ganancias y patrimonios y luego fugarlos.

En síntesis, hemos buscado señalar que las crisis económicas son un problema central en la economía nacional y que sus causas, funcionamiento y características están fuertemente ligados al modelo económico del cual emergen. Por eso, mientras no se modifiquen las características estructurales de la economía argentina y se siga apostando por el modelo liberal, desgraciadamente, las crisis económicas y la inestabilidad crónica continuaran azotándonos.

Referencias bibliográficas

- Basualdo, E. (2006). *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Castellani, A.; Gaggero, A. (2017). “La relación entre el Estado y la élite económica” en Pucciarelli, A. & Castellani, A. (Coords.) (2017). *Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Cepal (2007). *Distribución funcional del ingreso en la Argentina, 1950-2007*. Serie Estudios y Perspectivas, N° 44.
- Ferreres, O. (2010). *Dos siglos de economía argentina*. Norte y Sur: Buenos Aires.
- Instituto Fraser. (s/f). *Economic Freedom*. <https://www.fraserinstitute.org/studies/economic-freedom>
- Ministerio de Economía. (MECON). (s/f). *Portal de datos económicos*. <https://www.economia.gob.ar/datos/>
- Reato, C. (2012). *Disposición final. La confesión de Videla sobre los desaparecidos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Restivo, N.; Dellatorre, R. (2005). *El Rodrigazo, 30 años después. Un ajuste que cambió el país*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Zícari, J. (2023). “La palabra del industrícida. La política industrial y comercial de Martínez de Hoz a través de sus libros de memorias”. En prensa.
- Zícari, J. (2020). *Crisis económicas argentinas. De Mitre a Macri*. Ediciones Continente: Buenos Aires.